

Marion Muller-Colard

LA INTRANQUILIDAD

Traducción del francés

HELENA COTS

FRAGMENTA EDITORIAL

Título original *L'intranquillité*
Bayard, Montrouge, 2016

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL
Plaça del Nord, 4
08024 Barcelona
www.fragmenta.es
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 60

Primera edición FEBRERO DEL 2020

Dirección editorial IGNASI MORETA
Producción gráfica ELISENDA SEVILLA I ALTÉS

Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, S.A.

© 2016 BAYARD ÉDITIONS
por el texto

© 2020 HELENA COTS WEBERMANN
por la traducción del francés

© 2020 FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. U.
por esta edición

Depósito legal B. 913-2020
ISBN 978-84-17796-24-2



Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura

Con la colaboración del Departament de
Cultura de la Generalitat de Catalunya

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

PRINTED IN SPAIN

A Colette Nys-Mazure,
con mi reconocimiento
por haberme abierto el camino de la escritura.

La paz se hace en mí porque he rechazado la paz.

EMMANUEL MOUNIER

ÍNDICE

I	II
II	35
III	67

I

*Je suis né comme le rocher,
avec mes blessures. Sans guérir
de ma jeunesse superstitieuse,
à bout de fermeté limpide,
j'entraî dans l'âge cassant.*

RENÉ CHAR¹

SUPE DE LA INTRANQUILIDAD en la cuna y, a decir verdad, vosotros también.

La intranquilidad puede contar con numerosos acólitos desde el momento mismo de nuestra salida del vientre materno: nuestra precipitación brutal en el mundo aéreo y ese gas desconocido que nos perfora los pulmones; los temblores —el contacto directo e inédito del aire sobre nuestra

¹ 'Nací como la roca, | con mis heridas. Sin haberme curado | de mi juventud supersticiosa, | al límite de firmeza límpida, | entré en la edad frágil' (René CHAR, *Recherche de la base et le sommet*, Gallimard, París, 1971).

piel—; súbitamente, el hambre; la aleatoriedad con la que unos brazos nos acunan, nos dan calor, nos abandonan. Voces que se acercan, voces que se alejan. La sorpresa, la estupefacción, el sobresalto. La imperiosa necesidad de abrir los ojos que ignorábamos tener, el descubrimiento inopinado de un mundo más allá de la punta de la nariz. Un vértigo, sin duda; un ansia. Nuestros propios gritos de pánico por ese agujero que sentimos en el estómago y que nada nos asegura que se va a colmar. El muy lento aprendizaje de esperar: domar el caballo salvaje del tiempo mucho antes de alcanzar la edad en que lo conduciremos desasosegadamente con las riendas en el puño.

Ya en la cuna están la incomfortabilidad, la inquietud, la angustia... La intranquilidad desatada en todas sus modalidades. La vida, poderosa, majestuosa, cortante. La vida sin concesiones y sin medias medidas. Ninguno de nosotros habrá tenido la experiencia de nacer a medias. Ninguno de nosotros tendrá la experiencia de morir a medias. De un extremo al otro, la vida entera y exclusiva. Sin duda, aprenderemos a echar agua al vino, pero la vida seguirá siendo todo o nada. Se nos impondrá a la vista, rebosarán de ella los pulmo-

nes y el corazón. Y es que hay algo que nos aprehende que se llama existir: salir de uno mismo, ser expulsado, separado.

Alguien nos mira, nos dice *tú*, y necesitaremos una vida para responder *yo*. Una vida para admitir que avanzamos a cuerpo descubierto, que entre uno mismo y el mundo no hay más piel que la propia.

El poeta escribe: «Nacemos como la roca, con nuestras heridas. ¿Acaso existe otro camino distinto del que nos conduce a la edad frágil?» La edad a la cual, tras haber intentado canalizar el tumulto de la vida en bruto, con el refuerzo de sistemas y de organización —de diques, en definitiva—, la parte salvaje y anárquica de la vida recupera sus derechos y empuja con la misma fuerza con la que creíamos haberla contenido firmemente. ¿Cómo pretendimos contenerla? Contraponiendo a la angustia existencial nuestras certezas fanáticas; a los movimientos aleatorios, nuestras fijaciones ávidas de control; a los balbuceos, nuestros discursos; a los bailes, protocolos; a nuestras fiebres, remedios; a nuestras peregrinaciones, la voz robótica del GPS; a nuestra vulnerabilidad, el ejército patético de todas nuestras fuerzas juntas. La fábula del roble y el junco nos enseña que nos

rompemos en la misma medida que actúa nuestra rigidez. La ductilidad es nuestra única oportunidad, la incorporación del tumulto, la aceptación de los límites de nuestro control, el barbecho de la intranquilidad, la cual ofrece a nuestras existencias una parcela desordenada y fecunda. La única posibilidad que tenemos de que crezca algo que jamás habríamos imaginado.

El árbol más bello de mi jardín no es el que yo he plantado.



Borboteo de alegrías y de penas entremezcladas, intensamente coloreada, la infancia aún no conoce los bemoles con los que acabaremos marcando las partituras de nuestra vida. Una lástima, una suerte. «Estate tranquilo», es la orden más inútil que el adulto se empeña en repetir al niño. A menos que lo entregue a la perpetua regresión, enchufándolo a una sonda de engorde: que ya no abra la boca, que ya no se pregunte ni sobre su deseo ni sobre su frustración, que esté conectado de oficio a la fiel virtualidad de las pantallas que sustituye nuestras presencias aleatorias, al azúcar que sustituye nues-

tros cariños. Exceptuando, pues, que recurramos a ese cableado precoz y al mínimo coste, la oportunidad del niño es justamente no estarse tranquilo.

Y es un privilegio inesperado encontrarse con un adulto capaz de una intranquilidad infantil. Veo en ello una garantía de curiosidad, de empeño, de rebasamiento, de audacia. Toda esa sal que realiza nuestras vidas y que persigue una ambiciosa obra: hacernos existir.

La semana pasada, en el tranvía, coincidí con uno de esos hombres que debajo de un traje de adulto no esconde bien al niño curioso que es: sobresale por sus ojos un poco más chispeantes de lo habitual. Unos ojos que no se pierden ni en la vaguedad ni en la introspección, unos ojos al acecho. Se sienta delante de mí. Estoy relejando a Jacques Ellul, *La subversión del cristianismo*;² apunto en los márgenes con fruición. Quisiera levantarme, declamar, compartir el genio, la intuición, polemizar. Quisiera tener esa pelota que llevo conmigo cuando conduzco talleres de filosofía y que cada cual lanza al contradictor que escoge, de modo que aparezca,

² Jacques ELLUL, *La subversion du cristianisme*, Seuil, París, 1984 [*La subversión del cristianismo*, Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1990].

en el aire, la *disputatio*! Mientras pasa todo esto, el niño de cabellos encanecidos se retuerce en su asiento y, sobrándole altura, se inclina ligeramente para intentar leer la contracubierta. Levanto la vista y sonrío.

—¿Le interesa?

—Perdone... ¡Claro que sí!

—Jacques Ellul.

—Mmm, discúlpeme —dice bajando la frente culpable hacia su sonrisa infantil.

—¡No hay de qué, es una curiosidad sana!

Pero hete aquí que los adultos reaparecen al galope para tomar de la mano a los niños fugados que por un instante habían hecho caso omiso de las dudas horribles que abundan en los códigos sociales (¿flirtea conmigo?, peor aún: ¡creerá que yo flirteo con él!). Nos ruborizamos y, en lugar de tenderle el libro como se comparten el cubo y la pala en la arena del parque (porque es bien sabido que es mucho mejor jugar con otros), lo introduzco en mi bolso, deslizo mis gafas de sol hasta la nariz, digo adiós y me invento una parada anticipada para andar un poco y escapar de una situación embarazosamente idiota. Cuántas cosas nos perdemos por causa de la tranquilidad, a veces. ¡Qué triste!

Quizás sea por eso que el Reino de Dios pertenece a los niños. No el Reino de Dios de más adelante, sino el Reino de Dios de ahora. El que se nos escapa de entre los dedos porque hemos aprendido demasiado bien a estar tranquilos. Eficaz camisa de fuerza social. La camisa química tomará el relevo para aquellos que ya no quieren jugar al juego de la norma y de la eficacia. Pasará desapercibido: lo que desborda se deposita en los márgenes con toda naturalidad. ¡Nuestra cultura sabe tanto de cuestionar la calidad de los jugadores y, en cambio, tan poco de cuestionarse sobre las posibilidades de jugar que ofrece el juego!

Los locos, los niños, los idealistas... ¿Acaso el Reino no pertenece a aquellos para quienes el juego ganador es aquel que no excluye ninguna singularidad humana?



Intranquila, pues, lo fui desde la infancia. Insubordinada, preguntona, pesada, inquieta. Poco ingenua respecto al mundo de los adultos, evitaba girar en círculo, pero sin embargo era voltea-dora, curiosa de todo. Intolerante a la injusticia,